

causado el ver que otros quizás hubieran tomado las armas para defender nuestra libertad, cuando nuestra república siempre las tomó para asegurar la de los demás? ¿Cuántos disgustos podíamos ahorrarnos cediendo á las proposiciones al parecer favorables á nosotros, hechas por los mismos tebanos, ó los lacedemonios, ó los persas, pero impuestas á la fuerza? Pero como siempre se consideró poco conforme á nuestras costumbres patrias y á nuestro honor el aceptar condiciones humillantes, fueron rechazadas. Y de ahí vienen los elogios que tributais á los que obraron de este modo, como Temistocles que prefirió abandonar la ciudad, y trasladar sus habitantes á frágiles leños, y los que apedrearon á Circilo y á su mujer porque aconsejaba ceder á los persas. Aquellos hombres sabían que nacemos para la patria, y que no siendo ella libre, debe preferirse la muerte.»

167. «Si yo me empeñase en probar que traté entonces de excitar vuestro entusiasmo, para que hicieseis cosas dignas de vuestros antepasados, nadie podría criticarme. Pero digo y declaro, que vosotros estabais ya animados de estos sentimientos, y yo no hice mas que secundarlos. Acusándome pues este como autor de todos los males, no solo pretende arrebatarme este honor, sino tambien á vosotros los elogios de la posteridad. Pues si yo sucumbo en esta causa, parecerá que vosotros obrasteis con poco seso, y que la desgracia ha acontecido por vuestro yerro, no por disposicion de la Providencia. Pero no es posible, no es posible, atenienses, que os equivoqueis, habiendo tomado la defensa de la libertad y del bien general, lo juro por nuestros antepasados que pelearon en Maraton en favor de los demás; por los que formaron en las filas en Platea; por los que combatieron en Salamina, en Artemisio, y por los que están sepultados en panteones públicos, que murieron con valor, aunque no siempre con felicidad. Y tú, maldito escribiente, para quitarme el premio contabas hazañas antiguas, y pregunto, ¿qué tienen que ver con la presente causa? Al aconsejar á la república, ó cómico de terceros papeles, en asunto tan importante, ¿debía proponerle cosas indignas de ella? En asuntos de interés particular os gobernais por leyes particulares; pero cuando tomais la vara y la contra-

seña (symbolo) para deliberar sobre cuestiones de alto interés social, parece que tomais tambien la magnanimidad de la república y los grandes ejemplos de nuestros mayores.»

168. «El haberlos mentado me ha hecho desviar de lo que estaba esplicando. Vuelvo á ello. Asi que llegamos á Tebas encontramos á los embajadores de Filipo y de sus aliados, y á nuestros partidarios aterrados, y á los suyos animosos. Léanse las cartas ¹ que enviamos acá, en que os dábamos cuenta de que aquellos hablaron los primeros delante del pueblo reunido, y ponderaron los agravios que este habia recibido de nosotros, y al contrario lo mucho que le habia favorecido Filipo; que si no querian unirse á él para hacernos la guerra, diese.n paso á sus tropas para hacerla solo; y que si se aliaban con nosotros, la Beocia seria el teatro de ella, y la que sufriría todas sus consecuencias. Yo refuté todas las razones de aquellos enviados, y creo que conseguí el mayor triunfo que jamás hubiese conseguido. Los tebanos llamaron á vuestras tropas, á las que dieron una prueba de la confianza que tenían en ellas admitiéndolas en sus propias casas, y uniéndose con las mismas para combatir al enemigo comun, con lo que declararon que la justicia estaba de nuestra parte. Cuando el pueblo ateniense ofreció sacrificios para dar gracias á los dioses por la felicidad con que se habia llevado á cabo la alianza, ¿te hallaste presente, Esquines, y tomaste parte en el comun regocijo? Si dices que sí, ¿por qué ahora repruebas lo que entonces aprobaste? si dices que te estuviste oculto en tu casa, ¿qué castigo no mereces por no haber querido participar de las públicas demostraciones? Filipo al saberlo se puso furioso, como lo prueban las cartas que escribió á los del Peloponeso, y á vosotros.»

169. «Muchos oradores habeis tenido, atenienses, excelentes, como Calistrato, Aristofon, Céfalo, Trasíbulo y otros mil: ninguno de ellos se entregó en cuerpo y alma á la república. Quien proponia un proyecto, no se encargaba de una embajada: el embajador no era el que la habia propuesto, por-

¹ Hasta aquí se encuentran los documentos enteros; en adelante no se hace mas que citarlos, lo que perjudica algo á la claridad.

que se reservaban siempre un medio de escusarse, si algo acontecia. Dirá alguno: ¿te crees tú de tantas fuerzas y atrevimiento, que solo quieras cargar con todo? No digo esto, sino que comprendí que era tan grande el peligro, que era necesaria una persona decidida, que no mirase por su seguridad propia, sino que se consagrara enteramente al bien de la patria. Yo propuse lo que en conciencia creí mejor, y desempeñé las comisiones que me confiasteis con entereza y lealtad. Filipo lo conoció, y dió á entender en sus escritos, que toda su ira iba dirigida contra mí. Por esto vosotros me coronasteis á propuesta de Demomeles. Diondas se opuso, pero no llevó la quinta parte de votos. El decreto estaba concebido en los mismos términos, que el anterior de Aristónico, y el actual de Clesifon, y sin embargo Esquines no le atacó, pudiendo hacerlo con mas probabilidad de éxito, porque ahora tiene contra él la autoridad de cosa juzgada, como si se hubiese propuesto dar un espectáculo de un certámen entre oradores, en que vosotros debieseis juzgar de los respectivos discursos, y no de los intereses públicos.»

170. «Os pide que os despojeis de toda prevencion en mi favor, y que deis crédito á sus razones, como á una cuenta despues de haberse examinado. Lo mismo que dice prueba que teneis formada opinion de mí, opinion fundada no en números, sino en hechos, que es la manera de juzgar á los hombres. Hélos aquí. Mi política hizo que los tebanos no se uniesen con Filipo, é invadiesen juntos nuestro territorio, que se alejase la guerra á 700 estadios de distancia, que la Eubea no nos molestase con sus piraterías, que Bizancio unida con nosotros impidiese á Filipo de ocupar el Helesponto, y que fuésemos tratados por él con bastante consideracion. Cuando se hace una acusacion seria, y no se trata de calumniar, no se buscan pelillos, como si yo me serví de tal ó cual palabra, si hice tal ó cual gesto, si estendí la mano de esta ó aquella manera. Mejor era detenerse en consideraciones sobre los recursos de la república y sus fuerzas cuando entré en la administracion para hacerme cargos si por mi culpa se habian disminuido. Lo que pues él no hizo, yo haré.»

171. «Atenas no podia casi contar con las islas: las princi-

pales estaban por Filipo. Las rentas públicas eran 45 talentos, xxvii que estaban ya cobrados: milicia extranjera de armas pesadas ninguna, caballería solo la ciudadana; los vecinos poco seguros. ¿Cuál era el estado de nuestro enemigo? Era el jefe supremo y único de sus tropas, lo que es una gran ventaja para la guerra. Ellas estaban aguerridas: abundaba en dinero: no tenia que dar cuenta á nadie de sus operaciones, no debia prepararlas, y anunciarlas con proyectos para discutirse en una asamblea, no estaba espuesto á acusaciones de infracciones de ley, ni á la malicia de los calumniadores; en una palabra, era soberano, general en jefe, y señor de todo. ¿Qué poder tenia yo, que era su contrario? ninguno. Pues la facultad de emitir mi voto en la asamblea la tenian tambien los pensionados de Filipo. Y sin embargo os procuré aliados á los de Eubea, á los Aqueos, los Corintios, los Tebanos, los Megarenses, los de Leucada y los Corcirenses, de los cuales conseguí 15 mil soldados extranjeros, y 2 mil de á caballo á mas de nuestras fuerzas, y junté todo lo que pude de contribuciones. No debiamos andar con dichos pueblos en dimes y diretes, ni en tanto mas cuanto, porque si se hubiesen unido á Filipo, entonces hubierais dicho que los habiamos abandonado, y que por esto el Helesponto estaba en su poder, que se habia apoderado del transporte de cereales, que los tebanos nos amenazaban con la guerra, que no podia navegarse por la pirateria de los Eubeos, y otras cosas semejantes. Es triste, atenienses, tener que habérselas con un calumniador, que siempre está acechando y buscando que reprender, como esta zorra que nunca ha hecho cosa buena, mono de teatro, Enomao grosero, y orador de mal quilate. Ahora nos viene con cuentos pasados, como el médico, que cuando llevan al difunto á enterrar, dice: si hubieseis hecho esto y lo otro, no hubiera muerto. Aturdido! ¿ahora lo dices?»

172. «La desgracia, de que andas tan ufano, y que mas bien debieras lamentar, no estuvo en mi mano evitarla. En todas las conferencias que tuve con los enviados de Filipo salí airoso, lo demás lo hicieron sus armas. ¿Podia yo oponerme solo con mis palabras á sus ejércitos? Lo que incumbe á un orador, prever los sucesos, anunciarlos, quejarse de la lentitud,

instruir á sus conciudadanos, procurar la buena armonia entre ellos, quitar las disputas, y corregir los demás defectos que hay en un estado libre, yo lo desempeñé, y no falté á mi deber. ¿Cómo logró Filipo lo que conquistó? con sus soldados y con sus dádivas. En los ejércitos no mandaba yo, y así no tuve que ver. A las dádivas resistí, y quedé superior á Filipo.

xxi Despues de la derrota, asediados como estabais de peligros y llenos de temor, era fácil que os airaseis contra mí: sin embargo sucedió todo lo contrario. Yo fuí el encargado de proveer á las fortificaciones, á los cuerpos de guardia, á los alimentos. Mis enemigos refunfuñaron, y me atacaron por todos lados, por los consejos dados al pueblo, por mis comisiones, por las cuentas. Entonces tuve que defenderme de Sosicles, de Filocrates, de Diondas y de Melanto; y vosotros me apoyasteis, y me sacasteis siempre á salvo. Prefiero, dice este, á Céfalo, que nunca se vió acusado. Glorioso es ciertamente para él, pero no lo es menos el ser muchas veces acusado y nunca condenado.»

173. «Lo que añade de la fortuna no es de cabeza sana. ¿Quién puede prometérsela siempre favorable? Sin embargo en medio de vuestras desgracias hallo, que vosotros habeis sacado mejor partido, que aquellos que se creian felices, con tal que os viesen humillados. Por lo que toca á la fortuna particular, compara la tuya con la mia, Esquines, y verás cuanto me ha favorecido mas á mí. (Explica lo que fué desde niño, y lo que ha sido despues, hace que se lean los cargos que ha desempeñado, y cuenta tambien todo lo peor de Esquines y de su familia.) Pero dejando esto, particular á nosotros, dime, Esquines, si sabes algun griego ó bárbaro, ó algun pueblo, que no haya sufrido nada de Filipo, ó de Alejandro; y como no podrás citar ninguno, dime tambien si te parece que esta general calamidad debe atribuirse á una causa superior y no á mí, y si es justo que yo solo sea el responsable, cuando todos estabais presentes en los acuerdos que se tomaban, y no os oponiais. En el curso regular de las cosas, el que delinque con conocimiento, es castigado; el que contra su voluntad, no: el que con la mejor intencion acomete una empresa en provecho de los demás, no descuida nada, y se de-

dica enteramente á ella, y no obtiene el resultado que esperaba. ¿es justo que se le moleste con críticas y con dictorios?»

174. «Esquines os advierte que no os dejéis seducir por mis palabras, como si él hubiese sido siempre sincero con vosotros en sus discursos, y como si no estuviérais enterados de quien es él. El efecto de la elocuencia depende siempre de la aceptacion que merece el orador á sus oyentes, mas bien que de su habilidad. Cualquiera que sea la mia, declaro, que la he empleado siempre en interés de la república, no por odio á los particulares; pues creo que las cuestiones que puede haber entre estos han de ventilarse en vuestro tribunal, no para que vosotros sancioneis la cólera de que está poseido el orador, sino para que administreis justicia. La cólera y la vehemencia están bien cuando se han de defender los intereses de la patria contra sus enemigos. Pero venir á un juicio solemne por una corona, es prueba de ánimo rencoroso, envidioso, vil, bajo y mezquino. De modo que creo que no has tenido otra intencion sino hacer alarde de tu elocuencia y de tus pulmones. Un hombre público, y sobre todo un orador, estudia lo que quiere el pueblo, y lo que le conviene: en persuadirle, ó disuadirle emplea su elocuencia. Antes de la batalla tú jurabas por todos los dioses, que no tenias ninguna relacion con Filipo: despues no te cansabas de repetir que eras su huésped y amigo, mudando el nombre de mercenario ó pensionado. El hijo de Glaucotea timbalera amigo, huésped ó familiar de Filipo? El pueblo no se engaña en sus juicios: conocia bien la línea que nos separaba á tí y á mí. Por esto cuando se trató de nombrar un panegirista de las virtudes de los valientes que perecieron en Queronea no pensó en tí, ni en Démades, ni en Egemon, ni en otro de los vuestros, aunque ambicionais mucho este honor, é hiciérais todo lo posible para desacreditarme. Porque no quiso valerse de uno que hubiese dado muestras de hacer causa comun con los enemigos. Los mismos parientes me dispensaron tambien el honor de creerme si no el mas cercano en sangre, á lo menos en afecto, y el mas penetrado de dolor. Se vió bien qué ciudadano era Esquines, cuando al referir las desgracias de la patria, lo

hizo sin derramar una lágrima, y con la misma entonacion de voz, que si hubiese contado una cosa indiferente.

VIII 175. «¿Y este tal se atreve á mentir y calumniarme, supo-
IX niéndome afecto á Filipo? ¡Ó tierra, ó dioses! ¿qué no es
capaz de decir? Por Hércules y por todos los dioses, que yo
voy á nombrar á todos aquellos que como este, en sus res-
pectivos países han favorecido la causa de aquel, y los han
esclavizado. (Siguen los nombres.) Estos son los traidores, los
que han vendido la libertad á Filipo primeramente, despues
á Alejandro, y que por satisfacer á sus liviandades han des-
truido la cosa en que cifran su honor y regla de conducta
todos los griegos. En este tráfico infame no tuvimos parte ni
la república ni yo. Se me brindó con muchos ofrecimientos y
promesas, y no me dejé seducir. Y tú preguntas, ¿por qué ha
XI de dárseme la corona? No tengo en cuenta para ella la repa-
racion de los muros y abertura de zanjas: la verdadera forti-
ficacion y las verdaderas murallas las levanté proporcionán-
doos la amistad de los pueblos. Si hubiese habido un ciuda-
dano decidido, como yo lo he sido entre vosotros, en cada
ciudad de Grecia, ó á lo menos en Tesalia y en Arcadia, nin-
gun griego de la parte de acá de las Termópilas, ni de la
parte de allá, se veria privado de su libertad, y todos vivirian
seguros y tranquilos en su patria. Léanse los ausiliares que
procuré á la república. Hé aquí los méritos que puede alegar
un buen ciudadano, que está siempre atento á sus necesida-
des, y que no espia la ocasion de poder servir á los enemigos,
y zaherir á los que trabajan y esponen francamente su opi-
nion en las asambleas presentando proyectos útiles, y que no
XXVIII está ocioso como Esquines, que parece no sale de su retiro
sino cuando os ve á vosotros cansados de un orador que os
está siempre hablando en interés vuestro, ó cuando sucede
algun caso adverso, para echar la culpa al que ha andado en
ello. Entonces saca su repuesto de frases, entonces emplea
aquella su voz clara y sonora para hablaros de cosas imperti-
nentes. Cuando nos afanábamos por buscar aliados, dinero,
provisiones, cuando habia que contrarestar los proyectos de
nuestros enemigos, entonces podias, Esquines, mostrar tu
patriotismo, y aplicar tu hombro en auxilio de la república.

¿A qué alianza has cooperado tú? ¿qué embajada ó qué comi-
sion la ha traído algun provecho y honor? En los asuntos
confiados á tí, ó nuestros, ó de los griegos, ó de los estranje-
ros, ¿qué arreglo útil has hecho? ¿Qué armas? ¿qué buques?
¿qué arsenales? ¿qué reparacion de murallas? ¿qué caballe-
ría? ¿qué utilidad ha sacado de tí la república? ¿En qué has
contribuido en bien general ó particular? En nada. Pero, ó
caro, dirás, tenia buena voluntad. ¿En dónde? ¿cuándo? ó
desalmado, mientras todos dieron algo para las necesidades
urgentes de la ciudad, y Aristónico estaba encargado de re-
cogerlo, no te presentaste á ofrecer tambien por tu parte. Es
que habrias disgustado á aquellos á cuyo servicio están su-
bordinados todos sus actos. ¿En qué muestras tu valentia y
esplendidez? en dañar al pueblo. Entonces tu voz es clarisi-
ma, tu memoria felicisima, eres un cómico escelente, y el
trágico Teocrines.»

176. «Has citado á los grandes hombres, y has hecho bien; xxiii
pero no es justo, atenienses, entrar en comparaciones con
ellos. ¿Quién ignora que los que viven están sujetos á envi- xxiv
dias y críticas, y que hasta los enemigos respetan á los muer-
tos? Yo vivo y estoy entre vosotros, comparadme con los vi-
vientes, con Esquines y cualquier otro: no rehuyo la compa-
racion. Los que nos precedieron prestaron inmensos servicios
á la patria, ¿quién lo duda? pero qué te parece, Esquines,
¿debe ella ser ingrata con aquellos que actualmente la sirven
con esmero, ó bien apreciar y honrar sus méritos conforme
sean? Digo mas, si se examinan mis actos, se encontrará que
yo he procurado imitar el celo de aquellos grandes hombres:
al contrario si se observan los tuyos, se verá que has imita-
do á aquellos de su tiempo que los censuraban, porque nun-
ca han faltado de estos, y que han citado como tú á los mas
antiguos por envidia de los contemporáneos. ¿No soy seme-
jante á ellos? ¿Y tú, Esquines? ¿y tu hermano? ¿y cualquier
otro de nuestro tiempo? no hay ciertamente ninguno. No por-
que Filamon fuese inferior á Glauco y otros antiguos atletas
salió sin corona de los juegos olímpicos, sino que la recibió
porque venció á sus competidores. Mientras yo discurría y
proponia medios para salvar á la patria, tú y los de tu bando

os estabais silenciosos. Cuando aconteció lo que ojalá no hubiese acontecido, héos ahí en el puesto, y en soberbios caballos ostentar vuestra grandeza, y yo desvalido, lo confieso, pero mas amigo del pueblo. Dos cualidades debe tener un buen ciudadano, decision y valor para defender la independencia y dignidad de la patria, y buena voluntad en todas las ocasiones y actos. Esta está en el carácter, lo demás depende de otros. Que á mí no me ha faltado jamás, os lo pruebo, citándoos cuando fui reclamado para ser entregado, cuando me obligaron á comparecer en el tribunal de los Anficiones, cuando me amenazaron, cuando desencadenaron como fieras á estos infames contra mí. Desde un principio me propuse seguir los mas sanos principios en política, conservar y aumentar el honor, la gloria y el poder de la patria. No voy dando vueltas por la plaza alegre y triunfante, tomando la mano á estos y á aquellos, y comunicándoos noticias favorables de otros, que comunicarán á su vez; ni oigo con terror y la cabeza baja las de nuestra república como estos impíos, que alaban los sucesos prósperos que van unidos con las desgracias de los griegos, y dicen que se ha de procurar que duren siempre.»

«Que no les deis oídos, ó dioses todos, antes bien inspiradles mejores sentimientos; y si son incorregibles, perezcan por tierra y por mar ellos solos, y á los demás dadnos seguridad y un pronto término á los temores que nos sobresaltan.»

177. El resultado del juicio fué, que no habiendo Esquines tenido en su favor la quinta parte de votos, y no pudiendo ó no queriendo pagar la multa impuesta en este caso, salió de Atenas, y fué á la isla de Rodas, y despues á Samos, en donde murió, como se ha dicho al principio de este artículo.

178. Al poner los dos discursos de Esquines y de Demóstenes, si no enteros, suficientemente estensos para poder formar juicio, no se ha querido ofrecerlos como al tribunal del público, para que este decida sobre la justicia ó injusticia del fallo de los jueces, ó lo que es lo mismo sobre si era ó no fun-

dada la acusacion del primero contra el segundo, sino sobre si es ó no fundado el concepto que han merecido en todos tiempos como producciones literarias. En nuestra humilde opinion Esquines tuvo la ventaja de escoger el terreno en que habia de combatir, el órden del combate, y las armas. El terreno fué la política; el órden, el que siguió en su discurso; y las armas los actos de la vida privada y pública de Demóstenes. Tuvo además el tiempo que necesitó para preparar todo esto; pues ya se ha dicho, que desde la presentacion del pedimento para que se señalase día para la celebracion del juicio hasta que se verificó, transcurrieron ocho años; y no es regular que en este intervalo anduviese publicando lo que habia de decir para que su adversario disfrutase de la misma ventaja. Tal vez á esta circunstancia se debe el que parezca el discurso trabajado con mucho esmero y artificio, de modo que quizá no se equivoca Demóstenes cuando dice, que parece haber tenido Esquines intencion de celebrar una especie de certámen literario, en que los jueces y el público juzgasen sobre el mérito de los dos oradores, mas bien que de hacer una acusacion solo á impulsos del interés de la patria. Como pieza oratoria tal vez gustará mas á algunos el de Esquines que el de Demóstenes. Será un desatino si se quiere, pero en materia de gustos no hay que disputar. Admira en primer lugar el órden con que todo está dispuesto, y que es el mas natural. Despues de un exordio muy oportuno enuncia el objeto del discurso, y como tres eran las infracciones de ley que segun Esquines habia cometido Ctesifon, las sigue una por una.

179. Algunos opinan que se detuvo poco en lo de las cuentas y del lugar de la coronacion, y que siendo esta la cuestion propiamente legal, era preciso dejarla bien resuelta de modo que no tuviese réplica; pues en cuanto al mérito del que debia ser coronado dependia del juicio particular de cada uno y del modo de ver las cosas. Sin embargo parece que en la parte legal es mas feliz Esquines que Demóstenes, pues no admitiéndose leyes contradictorias en el mismo asunto, como dice el primero que no podian admitirse en Atenas, se pregunta: ¿puede ó no ser coronado alguno antes de rendir cuentas, ha-

biendo gastado dinero del público, prescindiéndose de si el que le ha gastado ha empleado tambien y dado del suyo? Si se dice que no, segun lo prueba con la ley Esquines, Ctesifon pedia una cosa ilegal, si al hacer su propuesta realmente Demóstenes que habia manejado dineros públicos, no habia dado ninguna cuenta; pues que la diese despues no quita la ilegalidad primera. Y debe presumirse que no la habia dado, pues que Esquines no hubiera sido tan malicioso y tan necio, que le hubiese hecho un cargo por una falta que no existia con gran descrédito suyo. En cuanto al lugar, la ley citada por Esquines es terminante, y aunque diga Demóstenes haber sido él coronado en el teatro otras veces, no prueba sino que se infringió la ley ya antes, ó que fué coronado á peticion de los de su tribu, ó de otra ciudad, en cuyo caso con permiso del pueblo podia hacerse la coronacion en el teatro. Fortificado por tanto Esquines con las leyes empieza su ataque con ellas, y deja para la tercera parte el estenderse mucho sobre la dignidad ó indignidad de Demóstenes. Aquí tuvo que valerse de todos sus recursos, porque era muy difícil quitar á los atenienses la buena opinion que tenian de su acusado. Por esto, á mas de las razones al parecer bastante plausibles para negarle el premio, traza aquellos brillantes cuadros capaces de hacer impresion en sus oyentes dotados de una imaginacion muy viva; como aquel de las vicisitudes humanas; cuando los trasladada desde el tribunal al teatro para oír lo que decia en otro tiempo el pregonero público sobre los huérfanos mantenidos á espensas del estado hasta la edad de pubertad por haber muerto sus padres peleando por la patria, y lo que dirá pregonando á Demóstenes coronado por el pueblo habiendo él sido la causa de aquella orfandad, y habiendo desertado de las filas en que aquellos murieron. Cuando presenta aquel magnífico contraste entre la magnanimidad por una parte de los hombres que defendieron la libertad é independencia durante las guerras médicas, y el egoismo de los de su tiempo, y por otra la parsimonia con que se concedian los premios entonces, y la profusion con que se concedieron despues. Finalmente cuando en el epilogo hace comparecer como espectadores del juicio á Solon, Temístocles, Aristides, y todos los que mere-

cieron públicos mausoleos, quejándose de la concesion de un premio que antes solo se daba á la virtud, y patriotismo, y que en aquel acto se daba á uno que habia conspirado con los bárbaros contra los griegos.

180. No puede disimularse que se ve en Esquines demasada animosidad, que busca faltas donde tal vez no existian. No parecen bien aquellas personalidades que se observan con frecuencia en los discursos de los antiguos, y que ha desterrado la civilizacion cristiana. Es muy cierto lo que dice Demóstenes, á saber, que una cosa es una acusacion, otra un insulto; y que los tribunales no deben ser un palenque en que acusador y acusado ó actor y reo se digan á porfia denuestos. No obstante Demóstenes no se quedó corto, y no se abstuvo de lo mismo que reprende. Tampoco debe aprobarse aquella exageracion que usa Esquines cuando dice, que Demóstenes se ha herido diez mil veces de intento para poder armar pleitos á otros y sacar dinero, y mucho menos aquel juego de palabras cuando emplea una griega que significa *cabeza* y *suma* ó *capital* para espresar esto último, debiendo segun el contexto usarla en el primer sentido.

181. En cuanto á Demóstenes, se nota que distribuyó las pruebas como un buen general distribuye sus tropas para el combate, esto es, las mas fuertes en los extremos, y las mas débiles en el centro. Para él las cuentas y el lugar de la coronacion eran una cuestion de tramitacion, que por sí era poco importante, y que no tenia que ver con el fondo. Ya se ha dicho en el principio que la causa que se ventilaba era mas que una causa personal, era eminentemente política. Asi como en los gobiernos representativos se ofrecen ciertas cuestiones que se llaman de gabinete, porque de su resolucion depende la continuacion ó caida del ministerio; así tambien con motivo de la corona que proponia Ctesifon deber concederse á Demóstenes, se queria hacer un llamamiento al pueblo de Atenas, para saber sus disposiciones respecto al espíritu nacional y patriótico, que tanto le habia enaltecido siempre. Por la historia de aquellos tiempos, y por lo que se desprende de los discursos de los dos oradores de que nos ocupamos, se ve, que el uno era el jefe de los que defendian una política contempo-

rizadora, y el otro de los que estaban por la resistencia y el *statu quo*. Demóstenes era el jefe de esta última política, pues á pesar de lo que dice Esquines, que él fué quien junto con Filocrates procuró la paz con Filipo despues de lo de Anfipolis, que estuvo muy galante con los enviados de aquel rey, y que en su misma corte y en su presencia dijo cosas que no hubiera dicho su mayor adulador; la verdad es, que fué despues su mas obstinado enemigo, y que á dañarle dirigió todos los actos de su vida. Esto estaba en la conciencia de todos, y el mismo Filipo, Alejandro y Antipatro declararon varias veces, que su mayor enemigo, y el que con mas talento y perseverancia procuraba frustrar sus planes era Demóstenes.

182. Si se pregunta, ¿obraba cuerdamente este orador, abrazando con tanta decision la causa del pueblo de Atenas, y oponiendo una resistencia tan tenaz á los que favorecian á un extranjero que pretendia la supremacia de la Grecia? Diremos que no solo obraba cuerdamente sino justamente, porque es deber de un ciudadano defender á todo trance las instituciones de su pais, mayormente cuando él mismo se las ha impuesto, y están canonizadas ya por el tiempo, y conservar las tradiciones legítimas que transmiten ó esplican la manera de ser del mismo. Pues bien, si esas tradiciones eran, que la república de Atenas en todos los peligros de la Grecia habia figurado en primera linea, y habia empleado siempre sus fuerzas en defender las libertades comunes, y si por no decaer de esta preeminencia habia sostenido una guerra de 27 años con Esparta; un orador que no consultase mas que el respeto á esas tradiciones debia aconsejar á los atenienses que resistiesen todo lo posible á las pretensiones de un príncipe que se consideraba extranjero, y que aspiraba á señorear á toda la Grecia.

183. Si Demóstenes creia realmente que la resistencia era inútil, porque varios de los estados griegos se habian declarado por Filipo, y no podia contarse mucho con los demás, entonces no hubiera obrado cuerdamente aconsejándola; pero él no estuvo nunca en esta persuasion, y solo se quejaba de la apatía de sus compatriotas, y de la felonía de los partidarios de Filipo. Aun así, hizo todo lo que la prudencia humana

aconsejaba, y si no tuvo buen resultado su diligencia, atribuyase, como él lo atribuye á una causa superior, que burla todos los cálculos de los hombres. Envia Filipo tropas á la Eubea; allí están luego las de Atenas: quiere forzar el paso de las Termópilas; los atenienses se lo impiden: hace una expedicion á Bizancio para apoderarse de esta ciudad y de todo el Quersoneso; Focion general ateniense le echa de allí. Solo cuando los tebanos le abrieron, digámoslo así, la puerta, llamándole para concluir la guerra focense, fué cuando los atenienses no pudieron ya resistirle con ventaja. Obsérvese aquí el gran talento y habilidad de Demóstenes.

184. Los tebanos eran los que habian colocado á Filipo á las puertas del Ática en odio á los atenienses; pues bien, los mismos tebanos serán los que persuadidos por él le opondrán una fuerte barrera, para romper la cual tendrá Filipo que emplear todas sus fuerzas con gran peligro de perder en una jornada el fruto de tantas victorias, astucias y dinero. El pueblo pues que sabia todo esto, ¿cómo podia dejar de idolatrar á Demóstenes? los jueces que le representaban ¿cómo no participarian de la misma afecion? los numerosos oyentes que habian acudido de todas partes ¿cómo no demostrarian sus simpatías por un orador tan popular? Una prueba de esto: cuando decia Demóstenes á Esquines, que preguntase á los jueces si le creian huésped ó pensionado de Filipo, se corrigió de este modo: *pero no, yo mismo voy á hacer la pregunta: ¿creeis que Esquines sea pensionado de Filipo?* las palabras que siguen demuestran que con gestos ó con palabras contestaron afirmativamente.

185. Tenia pues á su favor al tribunal, al auditorio y á la multitud que no se hallaba presente. Por lo que su discurso fué como un continuado triunfo, porque la mayor parte de él se ocupa en referir lo que habia hecho en favor de la república. Se aplica mas á esto y á hacer sospechoso á Esquines que á refutar sus argumentos ó cargos. Por esto parece que algunos de ellos quedan en pié, como el de los ansenses, el de Callias ó de la Eubea, el de Anaxino de Oreo, de quien solo dice incidentalmente que era espía de Filipo, y algunos otros de menos importancia. Ataca él á su vez á su contrario, y lo

hace con golpes tan repetidos y recios, que no le deja lugar de respirar, como por ejemplo cuando dice: «Así que se supo en Atenas la toma de Elatea por Filipo se juntó como maquiñalmente el pueblo, y entonces el pregonero invitó en nombre de la república á los que quisiesen hablar: allí estaban los oradores, allí estaban los otros funcionarios, y nadie acudió al llamamiento de la patria que en este sentido debe tomarse la voz del pregonero: yo solo subí á la tribuna, y dije lo que creí conveniente: ¿porqué no te presentaste tú? ¿porqué no contestaste á mis proyectos? ¿porqué repruebas lo que entonces aprobaste?» En otra parte le estrecha de este modo: «¿qué armas? ¿qué buques? ¿qué dinero? ¿qué alianzas? ¿qué arsenales has procurado tú á la república?» Diciendo á los jueces que si desaprobaban la propuesta de Ctesifon, sería como desaprobar la conducta del pueblo de Atenas, que habia sancionado todos sus proyectos, y declarar que se habia equivocado, parece que bastaba que se hubiese afirmado mas en ellos para deducir que no se habia equivocado el pueblo. Pero no le bastó esto, sino que lo juró por los que murieron en Maraton, en Salamina, Artemisio y todos los grandes héroes atenienses; lo que prueba la profunda conviccion en que estaba de que habia obrado conforme á lo que exigian las circunstancias, y á lo que puede sugerir el mayor talento ocupado esclusivamente en un asunto. Por esto añade en otro lugar, que innumerables fueron los oradores en Atenas, que de ellos el que aconsejaba una cosa, no la ejecutaba por no cargar con toda la responsabilidad; pero que él habia propuesto la embajada, habia redactado el decreto, la habia desempeñado, habia logrado lo que se queria con ella, y habia puesto en ejecucion el convenio. Es tambien notable en el exordio, cuando hace ver la diferencia que habia entre el acusador y él; «pues el acusador, dice, arriesga solo quedar desairado, no aprobándosele la acusacion; yo perder vuestra benevolencia, y... pero no quiero anunciar desde el principio ningun augurio funesto.»

186. Para gustar de la oracion de Demóstenes es menester primeramente conocer muy bien la lengua griega, y despues la historia de aquellos tiempos. Aun así debe leerse dos ó tres

veces, porque es tanta la precision de la frase, y tan vigorosa la argumentacion, que se necesita estar muy atento para comprender bien la primera vez lo que se lee. Esta atencion continuada y la estension del discurso hacen fatigosa la lectura: tambien contribuye á esto la repeticion de algunos pensamientos, como *tú te estabas llamado: yo hice esto, ¿qué debia hacer?* La marcha parece que procede lentamente: no conoce el lector cuando va á acabar sino cuando llega á la corta deprecacion con que termina. En una palabra el arte no se ve tan manifiesto como en Esquines, pero en esto está tal vez su mayor mérito. Dice muy bien Zosimo Ascalonita que la magnificencia de la composicion de Demóstenes no permite ser comprendida por los jóvenes ó principiantes, que sin duda en su tiempo conocerian suficientemente el griego: nosotros debemos considerarnos como aquellos principiantes sin tener la ventaja que poseian en cuanto á la lengua; y así tal vez sea un atrevimiento cuanto hayamos dicho sobre el citado orador, del cual es ya tiempo que demos algunas noticias biográficas y de sus demás escritos.

DEMÓSTENES.

N. en 385. M. en 322 antes de J. C. — 432 de R.

187. Se cuentan cosas extraordinarias de este orador, tambien extraordinario, que creemos no hay necesidad de suponer inventadas por la imaginacion de los griegos. Su padre que llevaba el mismo nombre, era fabricante de espadas en Atenas: pertenecia á la tribu Pandionis, y al *demo* ó pueblo Peanio. Su madre Cleóbula era hija de Gylon que desempeñando cierto cargo en el Ponto por la república dió lugar á que se sospechase de su fidelidad, y formándosele causa evitó con la fuga la pena capital que se le impuso. Esquines lo refiere en este sentido: otros lo atribuyen á la suspicacia que era innata á los atenienses, que les hacia por frívolos pretextos atacar la conducta de los mas intachables. Como quiera que sea volvió al mismo país del Ponto en donde casó con una rica mujer procedente de Escitia, de la cual hubo dos hijas.

Y como deseaba conservar á lo menos para ellas su patria, las envió ocultamente á Atenas, en donde luego se colocaron. Una de ellas fué la madre de nuestro orador, el cual quedó huérfano de padre á los siete años, y tuvo que dar en manos de tres tutores, que aunque parientes ó amigos de su padre administraron muy mal la herencia paterna, y cuidaron muy poco de su educacion é instruccion, en términos que le escaseaban el salario de los maestros. Creen algunos que lo hacían para que se criase idiota, y al llegar á mayor edad no les exigiese cuentas. Pero se equivocaron, porque la naturaleza le habia dotado de todas las cualidades que se necesitan para un hombre de letras, á saber, gran capacidad, mucha memoria, y lo principal, extraordinario amor al saber y una aplicacion infatigable. Antes bien lo mal que se portaron los tutores con él le hizo conocer la necesidad que tenia de estudiar para ponerse en estado de reconvenirles á su tiempo. El haber oido en el foro á Calistrato famoso orador, y el haber sido testigo de los grandes aplausos que obtuvo, le encendió en deseos de ser tambien orador. Para lo cual hubiera querido aprender la retórica en la escuela de Isócrates, que era el maestro mas famoso de aquellos tiempos; pero no pudo, tal vez por culpa de los tutores. La aprendió de Iseo con ventaja suya, porque el género templado y casi amanerado de Isócrates no era el que le convenia, como hemos dicho en los números 55 y 63.

188. Llegado á la edad de 17 años acusó á sus tutores en unos discursos, que se conservan, y que prueban la semejanza de su estilo al de Iseo, de modo que algunos creyeron que habian sido escritos por este ¹. Fué bastante generoso con ellos, pues pudiendo exigirles 30 talentos, por el capital que habia dejado su padre y por los réditos, se contentó con 14. Entre tanto continuaba sus estudios, y como dirigia sus miras á la política fijó su atencion en las obras de Platon y de Tucídides, sobre todo en los discursos de este. Dicen que copió ocho ó diez veces su historia, y que llegó á saberla tan bien de memoria, que habiéndose quemado la biblioteca de

¹ Liban. *epist. ad Montium. proc.*

Atenas, pudo repararse esta pérdida poniendo por escrito lo que sabia; pero es mas probable que se reparase ella, caso de haberse verificado, con una de las ocho ó diez copias que habia sacado, ó con otro de los varios ejemplares que sin duda existirian. Empezó tal vez alguno á decir, que si se perdian los escritos de Tucídides, podria Demóstenes suplirlos con su memoria, para que otro añadiese, que efectivamente, habiéndose quemado en el incendio de la biblioteca de Atenas, se habia acudido á este medio para obtener otro ejemplar.

Cuentan tambien que para estar menos distraido mandó construir en su casa un aposento subterráneo, y que allí estudiaba y componia sus discursos á la luz de una lámpara, y que por esto se decia que sabian á aceite. Añaden que apretándole en cierta ocasion el trabajo ó la pasion al estudio se cortó el pelo solo de una mitad de la cabeza, para que la vergüenza de presentarse en público de este modo le obligase á estar encerrado, y que dormia en una mala cama para madrugur mucho.

189. Cuando se halló en disposicion de ser útil á los demás, y con el fin de ganar dinero, empezó á componer discursos judiciales para los que tuviesen necesidad de acudir á un tribunal. Parece que en cierto pleito tuvo la poca delicadeza de trabajar para los dos litigantes, lo que habiéndose sabido le llenó de confusion, y le decidió á dejar por entonces aquella ocupacion. Se entregó á la enseñanza, y pronto vió su clase concurrida por un gran número de alumnos. Uno de estos llamado Aristarco, hijo de Mosco, fué causa de que se tuviesen sospechas contra él de dos delitos á cual mas feos: es posible que fuese inocente, pero esto le disgustó tambien de la enseñanza, y la abandonó para entregarse á la política. Contribuyó tal vez á esta determinacion el haber tomado por mujer á la viuda del general Cabrias, uno de los mas distinguidos de su época. Era cuando Filipo rey de Macedonia, vencidos los enemigos que siempre lo habian sido de aquel reino, trataba de estender sus fronteras por la parte de la Grecia propiamente dicha; y cuando todos los griegos incluso los atenienses miraban con indiferencia sus conquistas, adormecidos con

el arrullo de los oradores que no dejaban de repetirles sus victorias antiguas, y de asegurarles contra toda tentativa de parte de aquel rey. Demóstenes que vió la parte flaca de los atenienses, y que descubrió un grande horizonte, donde podría desplegar todas las velas de la elocuencia, tomó para sí el despertarlos de aquel letargo, y hacer una cruda guerra á aquel, cuyos planes y ambicion comprendió desde luego. No podía dar un paso sin que Demóstenes le saliese al encuentro, ni formar plan alguno de campaña que no fuese desconcertado ó á lo menos embarazado por su prevision. Así es que tenia que valerse siempre de la astucia, de la mentira y del dinero para poder adelantar algo. Los atenienses seguian á ciegas los consejos de este orador, los cuales retardaron por algunos años la entera sujecion de la Grecia; y si no hubiese sido por los grandes triunfos de Alejandro, ante el cual, segun espresion de la Sagrada Escritura, enmudeció la tierra, y si en vez de triunfos hubiese tenido derrotas, la Grecia no hubiera caido bajo el yugo de Macedonia; y en este caso quedaba completamente justificada, si hubiese necesidad de esto, la conducta de Demóstenes al aconsejar la resistencia. Pero las intenciones nunca se juzgan por el éxito de los sucesos, sino por el fin que se lleva al formarlas y ponerlas en ejecucion.

190. Murió Filipo en 336, y le sucedió su hijo Alejandro, el cual continuó su misma política aun con mas fortuna, porque en poco tiempo consiguió lo que aquel no habia podido en muchos años. Por fin ya casi todos los estados se le habian sometido, ó habian firmado tratados de paz y alianza. Atenas habia hecho uno que luego se rompió: no obstante en paz y en guerra siempre habia tratado con Filipo de potencia á potencia. Pero cuando Alejandro sembró de espanto á toda la Grecia con la ruina de Tebas, Atenas hizo espontáneamente un acto de sumision que no habia hecho jamás ante ningun enemigo por poderoso que fuese desde el principio de su existencia. Le envió una embajada implorando clemencia, y como aquel príncipe exigiese que entre otros le fuese entregado Demóstenes, se le mandó segunda diputacion que le habló en estos términos: «Señor, no solo las personas sino la ciu-

dad están en vuestro poder, si quereis; pero obrad de una manera digna de Vos.» Alejandro sonriéndose dió á entender que se inclinaba al perdon. Desde entonces ni la república pudo tomar medidas contra Alejandro, ni Demóstenes aconsejarlas. Mientras se hallaba aquel en su espedicion de la India, varios de los gobernadores, que habia puesto en las provincias conquistadas, creyendo que ya no volveria, hicieron estorsiones terribles á los pueblos que se les habian confiado, y se levantaron con el dinero y se fueron á otra parte. Uno de estos llamado Harpalo, que habia quedado de gobernador en Babilonia, sacó de aquella rica provincia cinco mil talentos, y se fué á Atenas, creyendo que le recibirian allí y que estaria seguro. Procuró sobornar á los mas influyentes. Ofreció tambien dinero á Focion; pero este amenazó con hacer tomar á la república medidas severas contra él. Mientras se hacia el registro y se tomaba nota de su equipaje, Demóstenes, que se hallaba presente, vió una gran copa de oro, que decia Harpalo haber pertenecido al rey de Persia; y como mostrase cierta complacencia en mirarla y tuviese curiosidad de saber su peso, y Harpalo conociese que no le disgustaria llegar á ser dueño de ella, por la noche se la mandó con veinte talentos además ó sea veinte mil duros. La vista de esta alhaja y dinero debió causarle tal irritacion de nervios, que al dia siguiente fué á la junta del pueblo cubierto el cuello de vendas, y calada la cabeza en un abrigo de lana, y como se le instase á que subiera á la tribuna, se escusó diciendo que estaba ronco y que no podia hablar. Cabalmente debia la junta ocuparse de Harpalo. Por esto dijo Démades con mucha gracia, que la ronquera de Demóstenes era efecto no del aire sino del dinero, porque ya se habia sabido lo de la copa. Creyendo que el hecho no podria probarse, pidió él mismo que se hiciese una averiguacion jurídica de que quedó encargado el Areopago. Despues de seis meses presentó este su informe, del cual resultaban indicios graves contra Demóstenes. Fué acusado públicamente por varios oradores, y condenado á 50 talentos, y como no pudiese ó no quisiese pagarlos, se sujetó á la cárcel, de donde se escapó á Egina.

191. Habiendo sabido la muerte de Alejandro se dió prisa

en recorrer la Grecia para armarla, y determinarla á arrojar á los macedonios. Atenas le levantó el destierro, y le mandó un buque por cuenta del estado para llevarle desde Egina. Fué muy glorioso para él el día de la entrada en el Pireo en medio de la muchedumbre que aplaudia por la vuelta del que consideraba como el único sosten de la república. Empleó toda su energía para hacer un levantamiento general que consiguió en parte: aconsejó que se atacase la guarnicion que los macedonios tenian en Tebas; pero la batalla de Cranon derróó todos sus proyectos y esperanzas. Véase lo demás en el artículo de Hipérides. Solo añadiremos que cuando Arquias satélite de Antipatro fué para sacarle del templo de Neptuno de la isla Calauria, donde se habia refugiado, probó de persuadirle que saliese voluntariamente, y que no se le haria ningun daño: Demóstenes le contestó, que nunca le habia gustado su modo de representar el papel de Creon, y que sin embargo le representase ahora de nuevo ¹. A fin de que no se cometiese ninguna violencia por la cual el templo quedase profanado, dijo que iba á salir, pero tragó al mismo tiempo una dosis de veneno muy activo que llevaba consigo, y antes de pasar el umbral de la puerta cayó exánime. Los atenienses le erigieron una estatua, al pié de la cual habia un dístico que decia: «Si Demóstenes hubiese podido disponer de fuerzas iguales á su buen deseo, jamás Marte Macedon hubiera mandado á los griegos.»

192. Aunque la naturaleza le habia favorecido con muchas cualidades, como se ha dicho, le negó algunas que son absolutamente indispensables para un orador popular; pues tenia una voz débil, la respiracion corta; era balbuciente, y no podia pronunciar la r; al hablar en público, cierto movimiento de las espaldas hacia que se le cayese el manto. Todos estos defectos corrigió con su aplicacion y perseverancia. Iba á la orilla del mar, y allí peroraba cuando las olas estaban mas encrespadas y bulliciosas, esforzando todo lo posible la voz, con lo que se acostumbró tambien á la gritería de la multitud. Subia de prisa una cuesta recitando algun

¹ Plut. *Vit. Demosth.*

trozo, y así parece que se le dilataron los pulmones. Repetia muchas veces un verso de Homero en que hay muchas rr, y se ponía unas chinitas en la boca, y logró pronunciar esta letra. El feo movimiento de las espaldas le corrigió colgando una espada ó asador en el techo de su casa con la punta abajo, y colocándose él de modo que la punta le diese sobre la espalda, para que á cualquier movimiento irregular que hiciese quedase herido mientras se ejercitaba en perorar delante de un grande espejo. Bastó este temor para obligarle á estar sin mearse. Se dedicó estraordinariamente al gesto, que aprendió de un excelente cómico llamado Andrónico, pues le consideraba muy necesario para un orador popular. Por esto dicen, que preguntado cual era la cualidad mas indispensable á un orador, dijo, la declamacion, en el sentido en que se toma hoy dia esta palabra; y preguntado hasta tres veces, respondió lo mismo.

193. Era muy querido del pueblo, no solo porque se desvelaba continuamente por él, y le secundaba en sus buenos deseos, sino tambien porque era muy desinteresado, á pesar de lo que dice Esquines. Fué trierarca tres veces, es decir, equipó en tres distintas ocasiones de su cuenta tres buques para el servicio del estado; fué coreógrafo ó encargado de los gastos de una representacion teatral. Suplió de su dinero lo que faltaba para la reparacion de las murallas de Atenas; dió diez mil dracmas para sacrificios; dotó doncellas pobres, y las colocó en matrimonio; pagó el rescate de algunos prisioneros. Por todos estos méritos recibió plácemes públicos y coronas. Pero era muy vanidoso, bien que este defecto puede perdonarse á un gentil ¹.

194. Como orador nadie le ha disputado el primer lugar entre los griegos, á quienes dejó muy atrás. Dionisio de Hali-

¹ Dice el P. M. Marquez en su *Espiritual Jerusalem* lo siguiente: «Demóstenes era tan vano, que si pasando por la calle, una moza de cántaro hacia del ojo á su compañera, dando á entender que aquel era el grande orador de Grecia, dejaba su camino él, y las iba siguiendo con el oido de un palmo por entender lo que hablaban.»